

Tomás González, *Los caballitos del diablo*

Los caballitos del diablo
Tomás González
Editorial Norma
Bogotá, 2003



Tomado de <https://goo.gl/vjop6B>

En *Primero estaba el mar* (1983), Tomás González se mostraba preocupado, como novelista, por el sueño de libertad que nos acosa a todos. Sus personajes, al igual que sus lectores, se sienten tras las rejas de una sociedad que ofrece pocas opciones para vivir significativamente. Huyen al pie del mar como si la llave que abriera los grilletes de la civilización fuera una ventolera geográfica. A su turno, *La luz difícil* (Alfaguara, 2011) ya no se construye sobre el idealismo inicial de unos personajes que van madurando a golpes, sino que se vale de, por ejemplo, un narrador —David—, que ya tiene la cosmovisión algo cansada, esa de quien simplemente espera que la tragedia ocurra. Así, David enfrenta estoicamente el suicidio asistido —premeditado y consensuado con toda la familia— de su hijo Jacobo. Menguando el dolor y hasta ofreciendo una esperanza que, no por ser poco dolo-

rosa, deja entrever la salvación en el gozo estético, la muerte del hijo se logra percibir en el enigma del tiempo como un regalo más del misterio de la existencia. Pero en *Los caballitos del diablo* (2003), González se regocija en el paraíso de una finca cafetera hasta descubrir para su personaje principal un refugio que, al parecer, y por lo menos al modo del autismo, funciona.

Para refugiarse de la dureza del mundo, cada personaje protagonista de las novelas de González inventa su estrategia. Si para mitigar el dolor de perder un hijo joven le servía a David, su padre artista, escabullirse en la creación de un cuadro de un ferry, hasta lograr el brillo y la textura exacta de la espuma, en la novela sobre la finca que se convierte en fortaleza es el proceso de una pareja que se va construyendo un mundo autosuficiente el que refleja el tema persistente del escritor: buscar

alguna versión de la salvación. El lector se pregunta al comienzo del texto si no se estará abusando de la descripción de paisajes, detalles arquitectónicos, flores, aves, plantaciones, técnicas de siembra, frutales, animales de granja, para darse cuenta lentamente de que la finca es quizás la principal entidad viva y protagonista de *Los caballitos del diablo*. Este es un espacio que construyen “él” —el protagonista carece de nombre— y Pilar, su esposa, al que le entregan todas sus energías mientras pasan los años, y que en apariencia los blindo del deterioro del mundo exterior. Casi todo lo trágico ocurre por fuera del espacio sacralizado: las vidas trágicas o banales de los hermanos y parientes de “él”, “el que se desaparece entre las plantas” con un machete, el que cuida, poda y abona —planta por planta— sus cafetales. La autosuficiencia de la finca, la abundancia tropical de la que se rodea la pareja protagonista contrasta con la envidia, la maledicencia, la curiosidad inoficiosa y la incomprensión de sus familiares. Pero eso a Pilar no la afecta demasiado, siempre y cuando pueda perpetuar el espacio idílico que le brindan los mosaicos que elabora en las paredes de la finca, en los que representa, por supuesto, no el purgatorio exterior, sino una vez más las escenas del paraíso en el que han logrado aislarse.

En vez de regodearse en el retrato de la violencia, escritores como Tomás González nos dibujan la psicología de otro tipo de colombianos, los del común, que intentan sobrevivir al horror como mejor pueden. Los asesinatos se vuelven epidémicos en la vereda y en el pueblo que colindan con el terreno que colonizan los esposos; las fatalidades y los accidentes castigan a sus familiares, pero la pareja se resguarda relativamente bien de las tormentas del destino. La bulla de los pájaros sigue sosteniendo los amaneceres, y los aguaceros lentos parecen seguir ablandando las hojas de los plátanos, como diría el na-

rrador de la novela (un narrador que se involucra poco con lo que describe, que guarda siempre su distancia, una cámara que se limita a captar lo que sucede). Las abejas, las palomas y los conejos distraen con suficiente eficiencia a los moradores de la finca del espinoso mundo urbano. Y aunque no hay una vorágine selvática que devora a los que incursionan en ella, sí se crea una atmósfera que absorbe lo suficiente a los moradores de la finca como para que no tengan necesidad alguna de salir de la manigua de lo que los cachacos llaman “tierra caliente”.

Al retrato pormenorizado del entorno vivo no le queda por debajo en esta novela el paisaje social. El lector se encuentra de frente con la liviandad de Pilar, con la ruana polvorienta del violador de niños, con el hábito de la resaca del abogado tinterillo. Pero también con la piel reseca de la viejita que se asila en un cuarto con ventana al solar, por donde puede ver los colores de los mangos maduros. La novela nos hace oír el maullido de los gatos entre los brazos de una mujer de hombros delgados, nos crispera con el frío del cadáver ancho de espaldas tendido en una finca del golfo de Urabá, y nos asquea y hasta al mismo tiempo nos hace reír con unas monjas bigotudas que acompañan un ataúd cerrado a la fuerza, contra la voluntad de la muerta. Muy visual, esta novela es, además de un recorrido bajo techos de guadua o entre jardines llenos de gansos y faroles, una travesía de reconocimiento de personajes muy colombianos, que, en su afán por caricaturizar o por causar escándalo, otros escritores no han vertido al papel.

“Caballitos del diablo” es un apelativo que reciben las libélulas —del latín *libella*, diminutivo de balanza—, porque el insecto logra mantenerse en el aire, en perfecto balance. La gracia del animalito procede de su delicadeza. Y esa misma capacidad para flotar por encima de las cosas es la que intenta conseguir el personaje protagonista, apegado

a su pedacito de trópico andino. Le ofende que lo acusen de ladrón sus propios hermanos, pero se mantiene en relativo equilibrio. La trama no la producen grandes peligros ni descomunales antagonistas, sino pequeñas rencillas familiares de vidas poco extraordinarias, como las que todos tenemos.

En la pared de uno de los cuartos de la casa que va atestiguando las nostalgias y la casi triste felicidad de sus moradores y visitantes, hay colgado un cuadro de un monje loco que está siendo atisbado por un esqueleto. Omaira, una empleada y vecina, obliga a su hermanito a mirar el cuadro, fascinada con su terror, al mismo tiempo que el lector va pasando las páginas del texto, no menos inquieto por el enigma del tiempo. Los aguacates criollos van creciendo, "él" va construyendo más y más despensas para guardar café tostado, frascos de cebollas en vinagre y conservas, y abajo en el pueblo, en los cafés, la gente habla de cheques de-

vuelto. Allá afuera, suenan las campanas de las iglesias, que llaman a los entierros de los masacrados. Pero el tañido ya casi no se escucha, porque lo espantan las tapias que ahora son del tamaño de palmeras. La muerte las acecha, pero a las libélulas no las trasnocha la acechanza de un esqueleto. Les nacen a Pilar y a "él" hijos que en cualquier momento ya empiezan a ir al colegio, crece el grosor del pórtico de entrada al que llegan cada vez menos visitas, "él" sigue metido entre las ramazones haciendo sonar el trueno metálico del machete, y el lector finalmente comprende que la felicidad es un sueño escurridizo de un orangután que huye de las escopetas de sus cazadores, mientras quiebra las ramas de los cafetales y hace estremecer la tierra a cada paso.

FERNANDO BAENA VEJARANO

Escritor, profesor, egresado de la Maestría en Creación literaria, Universidad Central.
